

Jorge A. Sierra

**«Caminad
según la **vocación**
a que habéis sido
llamados» (Ef 4,1)**

La vocación y su cultura
en la Iglesia hoy



Índice

Portada

Portadilla

Créditos

Siglas

Introducción

1. ¿Hablar de vocación a estas alturas?

2. Construir una cultura vocacional

3. Hacia una Iglesia vocacional

4. Una invitación a continuar el camino

Bibliografía

Notas

Jorge A. Sierra

**«Caminad
según la vocación
a que habéis sido
llamados» (Ef 4,1)**

La vocación y su cultura
en la Iglesia hoy



© SAN PABLO 2021 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es

© Jorge A. Sierra 2021

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-6439-7
Depósito legal: M. 25.011-2021
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos -www.conlicencia.com).

*A mis padres,
que me apoyan en todo lo que me propongo,
incluida mi vocación,
aunque no la entiendan.*

Siglas

AG	<i>Ad gentes.</i>
AL	<i>Amoris laetitia.</i>
CEC	<i>Catecismo de la Iglesia Católica.</i>
ChL	<i>Christifideles laici.</i>
ChV	<i>Christus vivit.</i>
DF	<i>Documento final del Sínodo de Jóvenes (2018).</i>
EG	<i>Evangelii gaudium.</i>
EN	<i>Evangelii nuntiandi.</i>
GE	<i>Gaudete et exultate.</i>
GS	<i>Gaudium et spes.</i>
IL	<i>Instrumentum laboris del Sínodo de Jóvenes (2018).</i>
LG	<i>Lumen gentium.</i>
NVNE	<i>Nuevas vocaciones para una nueva Europa.</i>
PDV	<i>Pastores dabo vobis.</i>
PC	<i>Perfectae caritatis.</i>
PP	<i>Populorum progressio.</i>
VC	<i>Vita consecrata.</i>

Introducción

Así pues, yo, el prisionero por el Señor, os exhorto a caminar según la vocación que habéis recibido: con toda humildad y modestia, con paciencia, soportándoos unos a otros con amor, esforzándoos por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz (Ef 4,1-3).

En el mes de agosto se publicó la noticia de que, durante 2020, en Irlanda iba a haber más ordenaciones de obispos -dos- que de sacerdotes -una-. Ni más ni menos. Y esto en la *muy católica* Irlanda¹. Nos faltan los datos de otros compromisos, de vitalidad de las comunidades o de profesiones religiosas, pero el mismo papa Francisco ha hablado de *hemorragia vocacional*. De hecho, la drástica disminución de las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa que se lleva produciendo en la Iglesia desde mediados del siglo XX es una de las preocupaciones más importantes en la reflexión y el magisterio de los últimos años. Ante la realidad de una cultura mayoritaria en Occidente, donde el cristianismo ya no es una fuerza mayoritaria, el papa Juan Pablo II pidió en 1992 un «salto de calidad» en la animación de las vocaciones, de tal manera que se crease una «nueva cultura vocacional» como alternativa a un ambiente social de falta de sentido vital. El término *cultura vocacional*, desde ese momento, ha estado presente en la gran mayoría de las reflexiones sobre las vocaciones, especialmente en el ámbito de la vida consagrada.

Como mostraremos en el presente libro, el esfuerzo por construir una cultura vocacional no es solo un conjunto de tareas hacia el exterior sino, principalmente, un aliciente

para «desenterrar el tesoro» de la vocación cristiana y para renovar la pastoral de la Iglesia desde el dinamismo que encuentra en la llamada de Dios y la respuesta de la persona el germen de su identidad. No es tiempo para una Pastoral Vocacional que «dice cosas», sino para una pastoral que escuche la realidad y haga propuestas.

Comenzaremos este trabajo con una exposición general de la antropología de la vocación cristiana. Repensar la vocación del seguidor de Jesús es recuperar las claves de la revelación -tanto desde la Escritura y la tradición como desde la imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios-, al mismo tiempo que, gracias al diálogo con las ciencias sociales, especialmente la psicología, podemos acercarnos al dinamismo íntimo de «llamada y respuesta» que posibilita el encuentro vocacional.

En la segunda parte repasaremos el contenido de la llamada *cultura vocacional*, sus elementos constitutivos y su realidad en la Iglesia. A continuación, describiremos someramente las características principales de la actual cultura mayoritaria, con especial énfasis en la situación de la juventud española y su relación con el hecho religioso. El ambiente y las relaciones que conlleva condiciona decisivamente la posibilidad de que se suscite una pregunta vocacional y, en ese caso, que se escoja un camino de vida de compromiso con el Evangelio. Ofreceremos algunas claves para el desarrollo de la cultura vocacional en el momento actual, destacando su relación con la misión compartida y la eclesiología de comunión. Finalmente, se subrayan algunos principios irrenunciables para avanzar en este proyecto, intentando dar respuesta no solo a la falta de candidatos sino, sobre todo, a la revalorización de todas las vocaciones en la Iglesia.

Toda la Iglesia está llamada a vivir en dinámica vocacional, como un modo de recuperar la identidad de las formas de vida cristiana en la Iglesia, un «tesoro» para compartir. Por eso es imprescindible avanzar hacia una pastoral en constante diálogo -y no solo confrontación- con la cultura mayoritaria. El dinamismo del Sínodo de los jóvenes de 2018 y, especialmente, la exhortación postsinodal *Christus vivit* son un hito fundamental para la recuperación del papel de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional en la Iglesia. Esta cultura vocacional necesita espacios adecuados para que pueda germinar, por lo que se presentan seis ámbitos de crecimiento de la cultura vocacional, cada uno de ellos con sus características y necesidades particulares: la familia, la escuela, Internet, el voluntariado, el grupo juvenil y los grandes eventos eclesiales. El último apartado de esta parte se dedica al testimonio personal y comunitario, desde la certeza de que solo pueden suscitar una pregunta vocacional aquellos que viven, con sus luces y sus sombras, la plenitud, sencilla y exigente, de la vida cristiana.

El texto bíblico que ilumina este trabajo surge de las palabras de san Pablo a la comunidad de Éfeso en un momento de fuerte crisis, personal y social. Aún encadenado y roto, el Apóstol anima a los creyentes a, sencillamente, *caminar según la vocación a que han sido llamados*. Nosotros también queremos afirmar, de nuevo, nuestro convencimiento de que Dios sigue llamando y de que podemos colaborar con Él, facilitando el crecimiento de una cultura que pone la vocación y el sentido trascendente en el centro de los valores de la persona y de la Iglesia.

1. ¿Hablar de vocación a estas alturas?

Un gran beneficio de la vocación religiosa es que te ayuda a concentrarte. Te da una idea básica de lo que se te pide y también de lo que podrías ignorar (MARILYNNE ROBINSON, Gilead, 2004).

¿Tiene sentido hablar de *vocación* hoy? Ojalá tu respuesta no pueda ser otra que *sí...* aunque quizás con algunas condiciones. Ciertamente dejará de tener sentido hablar de vocación cuando deje de tener interés hablar de fe, de seguimiento de Jesús, de comunidad, de misión, de compromiso y de reino de Dios.

Lo que quizás no tenga sentido es hablar de vocación desde una perspectiva «reclutadora», que no pocas veces enmascara una concepción de la evangelización como mera *supervivencia* de una institución y no como testimonio y anuncio. Tampoco tendrá sentido hablar de vocación si pensamos que hay «categorías de cristianos», si confundimos diversidad con diferenciación o si caemos en ese *clericalismo* que tanto critica el papa Francisco. Como indica J. Mallon en *Una renovación divina*:

El clericalismo no es otra cosa que la apropiación de lo que es propio de todos los bautizados por parte de la casta eclesial. El clericalismo sería entonces la supresión de la identidad bautismal, otorgando solamente a los ordenados o ministros laicos profesionales la llamada a la santidad, la misión, el testimonio, la evangelización y la maduración en la fe, que es responsabilidad de todos los bautizados.

Sacerdotes y monjas se convierten en los supercristianos que tienen los superpoderes para hacer lo que los cristianos ordinarios no pueden. Esto da como resultado: el aislamiento del clero y la inmadurez de los

bautizados¹.

Reflexionar sobre la vocación cristiana, ¿podrá ayudarnos a construir una Iglesia más cercana al proyecto de Jesús? ¿O es más bien una forma de intentar buscar razones a un fracaso histórico? No tendrá sentido adentrarse en este mundo si la crisis vocacional - innegable- nos lleva a caer en una crisis de esperanza, que no deja de ser una crisis de identidad, mucho más representativa de la decadencia de un grupo social que contar ingresos en las casas de formación religiosa.

Ningún cristiano puede dejar de sentir la animación de la vocación como algo propio. Un sabio hermano de comunidad me dijo una vez que para ser un buen agente de Pastoral Vocacional la primera vocación que tenía que cultivar con mimo era... la mía. ¿Qué reclama la vocación de nosotros? La Biblia no entiende la vocación como «autorrealización» de la persona llamada, ni se puede reducir a disfrutar de una generosa serie de vivencias gratificantes y conquistar pequeñas satisfacciones. La alianza de Dios con el ser humano no es de *felicidad*, sino de *plenitud*. Quien decide escuchar y vivir su vocación recibirá mucho más de lo que da, sin que falten las dudas, las miserias y los sufrimientos que caracterizan el dramatismo de la existencia humana y cristiana.

Como desarrollaremos en este capítulo, *dar razones de la vocación* es tan esencial como poder *dar razones de nuestra fe y esperanza* (cf 1Pe 3,15). Al poner en el centro de nuestra vida la respuesta libre a la llamada gratuita de Dios se amplía nuestro horizonte, que llega allá hasta donde alcance nuestra mirada. Una vida antivocacional es la que estrecha la perspectiva y se queda en mera supervivencia hasta el próximo fin de semana o el estreno del próximo capítulo de mi serie favorita.

La vocación abre el horizonte y aporta una dirección a la vida, posibilitando que podamos atisbar un cierto sentido a tanto caos que a veces nos abruma. Ayuda a responder las grandes preguntas: quién soy, de dónde venimos y adónde vamos, que al final son las que nos aportan pistas de identidad. Cuando entiendes tu vida como vocación persigues con esfuerzo un objetivo que te trasciende. Esa vida es una vida *orientada*, tiene un norte, un hacia dónde.

Profundizar en nuestra identidad vocacional ayuda a *impulsar* la vida, nos enriquece, potencia y pone en tensión. Tener un «para qué» justifica incluso el riesgo, el salto al vacío y la *confianza radical* que debe caracterizar a los creyentes. Las experiencias de los grandes testigos de la fe nos recuerdan que la experiencia de Dios no se puede separar del servicio al prójimo. Ese doble sentido ayuda a *asumir la novedad* con flexibilidad y holgura vital, asumiendo los diferentes momentos de la pequeña historia de salvación de cada relación personal con el Dios de Jesús.

La vocación cristiana *implica y complica*. Implica toda nuestra existencia y la complica -por si no fuera ya de por sí difícil- porque conlleva un desafío que supone poner en juego toda la existencia. Incluso un no creyente podría reconocer en estas características las piezas de un proyecto atractivo. No es fácil, pero sí es posible. Tenemos el tesoro del testimonio sencillo y fiel de millones de cristianos en la historia. Es muy probable que los tengamos, hoy, aquí y ahora, mucho más cerca de lo que a veces nos parece.

Tendremos, si queremos ser coherentes, que concentrarnos en lo fundamental. Nos proponemos ayudarnos a ahondar en nuestra identidad como creyentes, bucear en las fuentes de la revelación y recuperar, para todos, el tesoro de la vocación cristiana. En este capítulo vamos a acercarnos al significado habitual del término

vocación en la Biblia y en la tradición de la Iglesia. Después, nos acercaremos al lugar de la vocación en la Iglesia y sus diferentes formas de vida y ofreceremos una antropología resumida de la vocación cristiana.

La teología vocacional

Existe un amplio *corpus* teológico sobre la vocación, que intenta mediar entre la revelación y el contexto cultural de cada lugar y momento. Por eso, en una primera fase, la teología de la vocación debe estudiar los datos de la tradición, en especial los de la Escritura, donde hallamos diversos relatos de vocación y algunas reflexiones sobre la llamada y la respuesta. Corresponde a los pensadores cristianos analizar e interpretar los textos para ayudar a los creyentes a dar una respuesta. Así está, esencialmente, en el *Catecismo*.

Una segunda fase pretende definir la naturaleza del proceso vocacional, la antropología de los implicados y los supuestos teológicos de un Dios que se hace el encontradizo y llama gratuitamente. Pensar sobre la vocación nos transmite nociones importantes sobre la realidad de Dios y sobre su proyecto, además de ayudarnos a profundizar acerca de la identidad del ser humano, su libertad y su proceso como trayectoria vocacional. La «teología de la vocación» reflexiona sobre la acción de Dios y de su Espíritu en la llamada y respuesta del ser humano. Desde ahí se pueden ofrecer pistas sobre las mediaciones para vivir la única vocación cristiana (el *seguimiento de Jesús*), en las diversas modalidades articuladas que se viven en la Iglesia (las *formas de vida*).

Siguen siendo interesantes los escritos de L. M. Rulla (1922-2002) que, desde la psicología profunda, entiende la vocación como un «encuentro de dos libertades»: de Uno

que llama y de otro que es llamado -Dios y la persona-, del «sí de Dios» y del «sí de la persona». Es un diálogo que no se restringe a un único momento, sino que continúa a lo largo de toda la vida. Desde la tradición cristiana sabemos que, por parte de Dios su *sí* es un don, algo que se da gratuitamente, sin ningún merecimiento. Además, es Él el que lleva la iniciativa y el que elige. Es Dios, por la acción del Espíritu, quien hace posible que la persona pueda responder. En el ser humano la respuesta es el resultado convergente de necesidades y valores, en un triple nivel: *complacencia* (acepto el valor, pero rechazo consciente o inconscientemente ser cambiado por él), *identificación* (el valor como la ayuda a los demás, satisface mi autoestima: es un valor en función de mí mismo) e *internalización* (acepto el valor por lo que significa en sí y porque me lleva fuera de mí)².

Esta realidad hace que la vocación sea, al mismo tiempo, personal y común. C. M. Martini hablaba de la «analogía de las vocaciones», pues en cierto modo todas las vocaciones son diversas: cada una es un caso, una historia, un suceso único, en una llamada universal al seguimiento de Jesús³. Si la vocación afecta a la integridad de la persona, estará íntimamente unida a lo pedagógico y a lo psicológico. De ahí que ciertos títulos de publicaciones hablen de la *psico-pedagogía de la vocación* para mostrar el modo de acompañar a la persona en la acogida y maduración de su vocación. La aproximación pastoral busca el modo de crear una «cultura vocacional» en la comunidad cristiana y se propone fomentar las distintas vocaciones en la Iglesia, al servicio de la vida eclesial y al servicio del reino de Dios desde ella.

La vocación implica a toda la vida, en su integridad, asumiendo tanto su libertad como sus opciones. Por eso es necesario estudiar la vocación desde varios puntos de vista:

literario (relatos de vocación...), histórico, psicológico, sociológico, antropológico, teológico, pedagógico, pastoral... Trabajar desde diferentes puntos de vista nos puede ayudar a «dirigir más allá nuestra mirada» para poder responder a preguntas como qué relación hay entre vocación y realización personal, qué sentido da a la vida de la persona que la acepta, qué razón de ser tiene la vocación en la vida del creyente, qué retos implica, qué medios son los más adecuados para descubrir, discernir y decidir mi vocación, si es indiferente responder afirmativa o negativamente o si tiene sentido hablar de compromisos definitivos con la inestabilidad social y personal que parece existir en la actualidad.

La vocación en la Biblia

Las escenas de vocación de la Biblia son de las páginas más importantes que podemos encontrar: la vocación de Moisés en la zarza ardiente, la de Isaías en el Templo o el diálogo entre Yavé y el joven Jeremías. Todas ellas nos presentan a Dios en su misterio y al ser humano en toda su verdad, en su miedo y en su generosidad, con su capacidad de resistencia y de acogida. La vocación es fundamental en la experiencia de los personajes bíblicos que escuchan la llamada de Dios y se puede identificar un esquema paralelo de los relatos vocacionales⁴.

Los relatos vocacionales en el Antiguo Testamento, normalmente, implican tanto una llamada de Dios, que siempre asume la iniciativa, como una misión, un envío. La vocación es un llamamiento que Dios hace oír al hombre que ha escogido y al que destina a una obra particular en su designio de salvación y en el destino de su pueblo. En el origen de la vocación hay, por tanto, una elección divina. En su final, una misión que realizar.

Esta vocación es siempre algo personal: se reconoce que Dios es capaz de comunicarse y, al mismo tiempo, la persona está llamada a una relación. Esto se manifiesta incluso cuando se recuerda que todo el Pueblo de Dios es «vocacional» en el sentido de que todo él ha sido llamado a una relación especial con Dios, a una alianza. En los relatos, el nombre de la persona es fundamental: se oye a Dios pronunciar el nombre de aquel a quien llama (Gén 15,1; 22,1; Éx 3,4; Jer 1,11; Am 7,8; 8,2), con una palabra dirigida a la conciencia más profunda del individuo y que modifica radicalmente su existencia, no solo en sus condiciones exteriores, sino hasta en el corazón, haciendo de él una persona nueva. Incluso, a veces, para indicar mejor su toma de posesión y el cambio de existencia que significa, da Dios a su elegido un nombre nuevo (Gén 17,1; 32,29; cf Is 62,2).

En los relatos, Dios aguarda una respuesta, una adhesión consciente, de fe y de obediencia⁵. A veces esta adhesión es instantánea (Gén 12,4; Is 6,8), pero con frecuencia el hombre es invadido por el miedo y trata de evadirse (Éx 4,10ss; Jer 1,6; 20,7), como el profeta Jonás. No en pocas ocasiones la vocación separa al llamado y hace de él un extraño entre los suyos (Gén 12,1; Is 8,11; Jer 12,6; 15,10; 16,1-9; cf 1Re 19,4).

La vocación supone un cambio de existencia: el llamamiento de Dios sorprende a un hombre en su tarea habitual, en medio de los suyos, y lo orienta hacia un punto cuyo secreto se reserva Dios, hacia «el país que yo te indicaré» (Gén 22,1).

Algunos de los relatos más significativos son:

- ✕ Vocación de Abrán/Abrahán: el relato de Abrahán es corto, puesto que no muestra dudas, ya que en el imaginario semita es, por antonomasia, el hombre de

fe. Dios aquí también llama, promete, bendice y envía (Gén 12,1-4).

✕ Vocación de Moisés: un relato largo y complejo que, sin embargo, es uno de los más ricos en la comprensión de la vocación veterotestamentaria (Éx 3,1-14). Dios se aparece a Moisés en forma de zarza ardiendo y le dice que va a salvar a su pueblo (v. 10). Se nos pretende enseñar:

- Sobre Dios, que se manifiesta de forma sensible y palpable a los hombres sencillos para llamarles a realizar una misión muy concreta. Hay una llamada explícita (v. 4). También que se trata de un Dios sensible a los sufrimientos del pueblo y decidido a ayudarlo (v. 10)⁶.

- Sobre el creyente, que debe confiar en Dios de una forma incondicional; aunque le parezca absurda la propuesta que Dios le hace (v. 11). De hecho, Moisés pregunta por el nombre (la identidad) de ese Dios que llama a realizar la vocación (v. 6). A Moisés le irá bien siguiendo el camino que le marca Dios, a pesar de las dudas (v. 13)⁷.

✕ Vocación de Samuel, donde Dios llama a Samuel hasta tres veces, por su nombre, y le promete castigar a sus enemigos, hace que todo el pueblo sepa que está con él y le envía a predicar (1Sam 3,4ss).

✕ Vocación de David, donde hay una diferencia sustancial: aquí Dios utiliza a Samuel para llamar a otro hombre, David. También encontramos llamada (van pasando los hijos de Jesé), promesa, envío (unción para ser rey) y bendición (1Sam 16,1-12).

- ✘ Vocación de Isaías, donde Dios no se aparece, sino que el relato nos presenta a Isaías recordando lo que le sucedió en el Templo (Is 6,1-13). El profeta contesta a Dios «aquí estoy yo, envíame» (v. 8b) y Dios le manda a decir al pueblo «por más que escuchéis, no entenderéis, por más que miréis, no comprenderéis» (v. 9).
- ✘ Vocación de Jeremías, con un precioso texto donde se indica que Dios conocía a Jeremías antes de que naciera y le consagra como profeta de todas las naciones, no solo de Israel. El profeta se excusa ante la petición de Dios, pero el Señor le responde «yo soy tú y tú eres yo» con una frase que nos recuerda al relato de Moisés (Jer 1,1-10).
- ✘ La vocación de Amós se desarrolla en un marco diferente: no es un profeta «profesional», sino un hombre de campo, que habla porque Dios le ha «tomado» y él ha «obedecido» (Am 7,14).
- ✘ Por último, la vocación de Ezequiel (Ez 2,1-3,2) es un relato complejo y simbólico que incluye también el proceso de llamada (v. 1), misión explícita (v. 2-6) y «consagración», esta vez a través de la ingesta simbólica de un libro (v. 8).

De hecho, todo el pueblo de Israel recibe una vocación, pues Dios obra con él como con las personas a quienes llama. Esa llamada se hace a través de intermediarios, en particular por el mediador Moisés, pero Israel tiene todos los elementos de una verdadera vocación:

- ✘ La alianza es en primer lugar un llamamiento de Dios, una palabra dirigida al corazón. La ley y los profetas están llenos de este llamamiento: «¡Escucha, Israel!»

(Dt 4,1; 5,1; 6,4: 9,1; Sal 50,7; Is 1,10; 7,13; Jer 2,4; cf Os 2,16; 4,1).

- ✕ Esta palabra pone al pueblo en una existencia aparte, de la que Dios se hace garante.
- ✕ Finalmente, este llamamiento aguarda una respuesta, un compromiso del corazón y de toda la vida (Éx 19,8; Jos 24,24)⁸.

La vocación es la manifestación de la profunda y misteriosa naturaleza de Dios que se revela como amor. La vocación interpela al hombre en su totalidad y hasta en su intimidad, sacando a relucir sus dotes de generosidad y aceptación del don de Dios o descubriendo, por el contrario, su egoísmo y rechazo.

En el Nuevo Testamento, en cierto sentido, todos los rasgos de la vocación veterotestamentaria se hallan con plenitud en la persona de Jesús de Nazaret, mostrado como el perfecto siervo de Dios, el que siempre escucha la voz del Padre y le presta obediencia. Sin ser un relato vocacional, su bautismo es a la vez una escena de investidura regia: «Tú eres mi Hijo» (Mc 1,11) y la presentación por Dios del siervo en quien se complace perfectamente, pero aquí nada evoca las escenas de vocación: de un extremo al otro de los evangelios sabe Jesús de dónde viene y adónde va (Jn 8,14).

El conocido relato de la anunciación a María es una de las perícopas de vocación del Nuevo Testamento, que repiten el esquema de los relatos similares del Antiguo Testamento, con algunas omisiones y características propias (Lc 1,26-27). En este caso la estructura es como sigue⁹:

- ✘ *Introducción* con descripción de los personajes: el ángel y María, de quien se dan datos «históricos», como el parentesco, lugar y característica central, su virginidad (vv. 26-27).
- ✘ *Teofanía* o manifestación de Dios, que produce temor, pero no evita confiar en el que llama (vv. 28-29).
- ✘ *Misión*: exposición de lo que Dios le pide a María, que es ni más ni menos que ser madre del Hijo de Dios, el esperado por Israel. La respuesta de María parece lógica: ¿cómo puede ser esto? ¡Es imposible que tenga un hijo porque no he tenido relaciones sexuales con nadie! La respuesta del ángel recuerda que, pese a nuestras objeciones, Dios es el permanentemente fiel, que todo lo puede porque todo lo ama (vv. 31-35).
- ✘ *Signo*: en lugar de recriminar a María que tenga dudas, el ángel ofrece una garantía de que es el mismo Dios el que llama y envía. En este caso, un signo repetido en la historia de Israel: el nacimiento de un niño de un matrimonio que había perdido cualquier oportunidad de tener descendencia. Es, además, un caso cercano para María, que bien puede reconocer la acción de Dios (vv. 36-37).
- ✘ *Conclusión*: el ángel ya no tiene nada más que decir, dejando todo el espacio a la gran opción de confianza de María: «¡hágase!». Un enorme testimonio de fe y capacidad de escucha, sin contemplaciones vanas, pues María, inmediatamente *se pone en camino* (vv. 38ss).

Si Jesús no oye para sí mismo la llamada de Dios, en cambio multiplica los llamamientos a seguirle:

- ✘ La vocación es el medio de que se sirve para agrupar en torno suyo a los Doce (Mc 3,13), pero también dirige a otros un llamamiento análogo (Mc 10,21; Lc 9,59-62).

- ✘ Toda su predicación tiene algo que comporta una vocación: un llamamiento a seguirle en una vida nueva cuyo secreto él posee: «Si alguien quiere venir en pos de mí...» (Mt 16,24; cf Jn 7,17).
- ✘ La vocación de algunos personajes es especialmente significativa, incluso con cambio de nombre: la de Leví/Mateo (Mt 9,8-12), por la inmediatez de la respuesta y la crítica de los asistentes y la de Saulo/Pablo, que él mismo narra en primera persona (Gál 1,15) y que los Hechos de los apóstoles narra en tres momentos (He 9,4-5 y todo el capítulo 26, donde se extiende la llamada y el envío).
- ✘ Y si hay «muchos llamados, pero pocos elegidos», se debe a que la invitación al Reino es un llamamiento personal al que algunos permanecen sordos (Mt 22,1-4).

La experiencia de los discípulos se hace total en la Pascua. De hecho, el seguimiento anterior termina en fracaso y traición con honrosas excepciones, pero el paso de miedosos aprendices de discípulos a testigos y seguidores no se produce hasta después de la Pascua y Pentecostés, cuando «vuelven a Galilea» y su propia vida se hace ahora testimonio apostólico de lo vivido y aprendido con Jesús. El verdadero seguimiento solo es posible cuando es históricamente imposible¹⁰.

Por eso los relatos de las apariciones tienen la estructura de relatos de vocación, pues la presencia del Resucitado es ahora llamada y los discípulos son testigos y enviados, con la fuerza del Espíritu Santo. La experiencia pascual transforma sus vidas y les hace comprender la auténtica naturaleza de Jesús. Esta nueva relación con el

maestro se hace por identificación con la gracia de Dios recibida en Jesús, incluye la imitación y termina en el seguimiento¹¹.

En el tiempo apostólico, la primera predicación de Pedro en Jerusalén es un llamamiento a Israel semejante al de los profetas y trata de suscitar un movimiento personal: «¡Salvaos de esta generación extraviada!» (He 2,40). Pablo, por su parte, destaca que la vocación cristiana ha nacido del Espíritu y, dado que el Espíritu es uno solo que anima a todo el cuerpo de Cristo, hay en medio de esta única vocación «diversidad de dones... de ministerios... de operaciones...», pero en esta variedad de carismas no hay en definitiva más que «un solo cuerpo y un solo espíritu» (1Cor 12,4-13). La Iglesia es tanto «llamada» como «elegida» (2Jn 1), todos los que en ella oyen el llamamiento de Dios responden, cada uno en su puesto, a la única vocación de la Iglesia, que oye la voz del esposo y le responde: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

Para los que han tenido la suerte de poder seguir los pasos de Jesús por la Palestina del siglo I, nuestro seguimiento no puede ser el de los primeros apóstoles, directo e inmediato, sino el de nuevos discípulos que, mediante el testimonio, conocemos «el final de la historia de Jesús de Nazaret», es decir, su pasión, muerte, resurrección, ascensión... e identificamos totalmente a Jesús como el Cristo de Dios. Esta es la clave de la «esperanza contra toda desesperanza» que caracteriza a los cristianos.

Las consecuencias de este nuevo seguimiento tienen tres bipolaridades. La primera es que *Cristo, por nosotros*, instaura una verdadera relación personal, haciendo posible el seguimiento puesto que ya no estamos bajo el dominio de la antigua Ley y el pecado gracias a su nueva forma de presencia entre nosotros y, al mismo tiempo, *nosotros por*

Cristo, ya que toda la vida de los creyentes queda estructurada por Cristo, mediante el que Dios se implica y complica.

Del mismo modo, la nueva existencia cristiana es «cristiforme», es decir, *Cristo en nosotros*, presente y activo en nuestra vida, incluyéndonos a todos los seres humanos en su título de *Hijo del hombre* y asumiendo solidariamente toda nuestra historia personal y comunitaria. El Espíritu prometido es don y principio vital, que nos capacita para incorporarnos a la vida divina (*nosotros en Cristo*), siendo «uno» en él, cabeza de la Iglesia, viviendo su misma vida en el mundo y existiendo desde él¹².

Continuar el camino del seguimiento tras la Pascua es caminar tras Jesús descifrando la profundidad y hondura de sus gestos y palabras, prosiguiendo su obra, persiguiendo su causa y consiguiendo su plenitud. La teología clásica, bien entendida, conlleva la idea de progreso de la misma relación con Dios, que comienza en el bautismo, se alimenta en la Eucaristía y se lleva a cabo según la propia vocación. Cristo, mediante su encarnación, se hizo solidario con nuestra vida hasta el extremo, haciéndose *Dios con nosotros*.

La vida cristiana es una vocación tanto porque es una vida en el Espíritu como porque el creyente «se une a nuestro espíritu» para hacernos oír la palabra del Padre y despertarnos la respuesta justa (Rom 8,16). La vocación cristiana es una llamada a llevar a cabo, en nuestra vida concreta, el plan de Dios manifestado por Jesucristo: reconciliar a los seres humanos en la civilización del amor. A esto son llamados los cristianos, con sus aptitudes y limitaciones, con sus peculiaridades y carismas, pero todos unidos por un mismo objetivo.

La vocación en la teología clásica

La palabra *vocación* es de uso común en nuestro lenguaje y sociedad, pero no siempre se dice lo mismo con su uso. En latín, la palabra *vocatio* (vocación) tenía un sentido profano. Significaba: acción de llamar, invitación. Es muy probable que cobrara sentido religioso en el latín cristiano, como analogía, para referirse a distintas llamadas de Dios: llamada a la fe, llamada a un género de vida, llamada a una misión... Así se sigue utilizando en los documentos eclesiales y lo recuerda con frecuencia el papa Francisco.

A pesar de estar en el centro de la identidad del creyente, el estudio de la vocación cristiana es relativamente reciente, impulsado por dos realidades: el redescubrimiento de la importancia de todas las vocaciones en la Iglesia, con la ganancia de valor, especialmente, de la vocación laical, y la propia crisis vocacional para el ministerio ordenado y la vida religiosa.

Hasta el siglo XX la teología católica se situaba bajo la inconmensurable influencia de santo Tomás de Aquino (1224-1274). Sus escritos, bien leídos desde la escolástica en sus diferentes vertientes o desde la historia de la teología son imprescindibles para cualquier estudio profundo. En el tema de la teología de la vocación cobra una especial importancia, pues al no ser el estudio de la vocación cristiana algo exclusivo de la teología espiritual, sino una línea de reflexión con puntos de conexión con la teología dogmática, la antropología cristiana, la pastoral, la eclesiología y la praxis cristiana, las aportaciones del Aquinate son aún más centrales¹³.

Para el Doctor Angélico, la vocación tiene que ver, en definitiva, con la elección de Dios y con el destino y libertad del ser humano. No le dedica un tratamiento sistemático ni aparece *per se* en las *Summas* o en los opúsculos de santo

Tomás, pero estos sí muestran pensamientos bien definidos acerca de la vocación del creyente: «La doctrina de Tomás de Aquino sobre la vocación deriva natural y armónicamente de sus concepciones sistemáticas acerca de Dios, el hombre y el mundo».

El término latino *vocatio* es para santo Tomás una categoría bien precisa y delimitada, que se refiere básicamente a una moción interior de Dios en el alma de la persona. Tiene, pues, un especial énfasis en la *llamada*, frente a otros términos de la teología de la época, como la *predestinación* (*vocatio*), la *elección* (*electio*) y la *justificación* (*iustificatio*). Así, la vocación del ser humano según santo Tomás se enraíza en el bautismo y la profesión de la fe cristiana (*professio fidei christianae*), en el sentido de búsqueda de la perfección espiritual exigida por el Evangelio en la dinámica del seguimiento de Jesús y, por lo tanto, sobre las elecciones del creyente como forma de vida. Esta profesión ha sido leída históricamente como la llamada a abrazar la vida religiosa -como forma de vida más perfecta- pero debe situarse en un horizonte más amplio, común para todos los cristianos y adaptado a las circunstancias sociales, eclesiales e históricas de cada persona.



Figura 1: *Esquema clásico de la vocación cristiana, reducida a la vida sacerdotal y religiosa, según santo Tomás de Aquino*¹⁴.

La vocación, en la teología tomista, pues, ocurre en el mundo, en unas coordenadas de lugar y tiempo. Siguiendo los relatos sinópticos de la llamada a los apóstoles, se subraya la naturaleza histórica frente a la «huida del mundo»: la vocación cristiana es una *vita apostolica* aplicable a cualquier cristiano. Santo Tomás, miembro de la versátil y novedosa orden mendicante de predicadores fundada por santo Domingo de Guzmán, da así un paso más frente a la *fuga mundi* de la tradición monástica medieval, «con acentos más versátiles y positivos hacia la naturaleza, la cultura y el lugar del hombre dentro del mundo».

El *Catecismo de la Iglesia Católica* usa a menudo el término *vocación* e intenta responder al qué, quién, cómo... Se habla de vocación de personas (Abrahán, María) y de colectividades: la humanidad toda, el pueblo de Israel, la Iglesia, las comunidades monásticas. Se distingue entre vocación *a* y vocación *de*. Así, unos jóvenes pueden sentir la vocación *a* la vida religiosa o *al* matrimonio y la paternidad, pero también se puede hablar de la vocación *de* la vida religiosa, *del* matrimonio... en el sentido de su misión. Se destaca la responsabilidad de todos respecto a la vocación de otros, indicando, por ejemplo, que pertenece a la vocación de los padres el fomento y estímulo de las respectivas vocaciones de los hijos, pero presenta algunos problemas a la hora de describir las distintas formas de vida cristiana, que son tratadas de forma desigual, quizás mostrando aún dependencia con la «teología de los estados» anterior al concilio Vaticano II, que conviene superar cuanto antes.

A comienzos del segundo milenio, gracias al crecimiento de diversas formas de vida consagrada, como las órdenes mendicantes, se elabora una teología, llamada

de *estado de perfección* que se basa en el pensamiento de santo Tomás de Aquino y es la preeminente hasta la década de 1950. Esta teología parte de la noción general de *estado*, como condición de libertad o esclavitud que tiene una persona de forma fija y estable. De este modo, se recuerda que todos los cristianos están llamados a la perfección de la vida de seguimiento en grado perfecto: *perfección en la caridad*. Como medios para conseguir esa perfección, se recurre a los «preceptos», obligatorios para todos, y a los «consejos», dejados a la elección de cada uno. De esta forma, un religioso cabal tiende a la perfección porque se obliga a cumplir la *totalidad* de los preceptos y consejos y, además, a hacerlo solemne y perpetuamente, viviendo así en un *estado de perfección* gracias a su vocación religiosa.

Algunos de los relatos de llamadas de Jesús en los evangelios se estudian como fuente de los diferentes «estados» de vida del cristiano. Por ejemplo, en el evangelio de Marcos se presentan dos encuentros y llamadas de Jesús: el llamado *joven rico* (Mc 10,17-22) y Bartimeo, el ciego de Jericó (Mc 10,46-52)¹⁵:

TABLA 1. COMPARACIÓN DE LOS RELATOS DEL JOVEN RICO Y DE BARTIMEO

	JOVEN RICO	BARTIMEO
1. Súplica	Llega un joven corriendo y pregunta: «Buen Maestro, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?» (17b).	Bartimeo, sentado a la vera del camino, oye que es Jesús el que pasa, y grita: «¡Jesús, ten piedad de mí!» (46b-48).
2. Llamada	Tú conoces los mandamientos... Todo eso lo he cumplido desde la adolescencia... Jesús, poniendo en él los ojos, le amó... Una sola cosa te falta... Vende cuanto tienes y sígueme (18-21).	Jesús se detiene y dice: «Llamadlo»... Lo llamaron: «¡Ánimo, que te llama!». Y él arrojó su manto y saltando se acercó a Jesús. Entonces Jesús le dirigió la palabra: «¿Qué quieres que haga?» (49-51a).
3. Deseo	Pero él, ante estas palabras, se afligió (22a).	El ciego le respondió: « <i>Rabbuni</i> , que recobre la vista». Jesús le

		dijo: «Vete, tu fe te ha salvado» (51b-52a).
4. Elección de una «manera de vivir»	Se marchó triste, porque era muy rico (22).	Y al instante recobra la vista y lo sigue por el camino (52b).

H. U. von Balthasar, al exponer el pensamiento de Ignacio de Loyola y hablando de los estados de vida, distingue una triple gradación de la llamada: al estado en la Iglesia, al estado intraeclesial y a una concreta posición dentro de este estado de vida elegido. Y añade:

Se muestra algo parecido a una analogía de la llamada, que llamando primero al cristiano a salir del mundo hace de él un cristiano, luego, en una nueva llamada singular, segunda y posterior, lo traslada a un determinado estado de vida, para darle finalmente de modo duradero con el concreto aquí y ahora de la llamada una vida cristiana en este estado. La doctrina de la llamada se convierte así en un complemento indispensable de una doctrina de los estados cristianos de vida¹⁶.

A partir de Mt 19, 17 y 21, se piensa en una doble condición, como si para ser «perfecto» al estilo evangélico fuese necesario un «plus» no accesible a todos. De este modo se prefiere hablar de dos caminos para acceder al Reino: uno valedero para todos los cristianos que observan los «preceptos» y otro propio de los religiosos que siguen los «consejos». Ambos caminos son válidos, pero no de igual «eficacia» a la hora de llegar a la salvación¹⁷. Esta teología y espiritualidad es la que más éxito ha tenido, siendo incluso asumida en el concilio Vaticano II y en la exhortación postsinodal *Vita consecrata* (1996), que considera la vida religiosa como un seguimiento *especial* que surge de una consagración *especial* y exige una vocación *especial*.

A simple vista parece una teología válida y fácil de comprender, pero un análisis exegético del texto del joven rico nos indica que, por ejemplo, el peligro de las riquezas no está solo dirigido a unos pocos, sino a todos los cristianos. Por lo tanto, el «voto de pobreza», entendido como abandono efectivo de los bienes, no debe ser solo para unos pocos, como no lo es el «amor al prójimo», incluso al enemigo. El argumento no es válido, en mi opinión, en una eclesiología de comunión y de vocación universal de todos los creyentes, sino que es un ejemplo más de pensamiento escolástico, más basado en la filosofía aristotélica y la pasión griego-occidental por clasificar y distinguir, que en el pensamiento semítico, más global y menos intelectual. Además, permite caer fácilmente en un «elitismo espiritual» muy alejado de las enseñanzas evangélicas. Parece más correcto y ajustado, tanto a la revelación bíblica como a la llamada universal a la salvación, hablar de diversas formas de vida cristiana ni mejores ni peores, sino fruto de una *cierta* lectura de la revelación, a la luz del Espíritu Santo¹⁸.

Racionalmente parece un argumento sólido, pero sin embargo encierra no pocos problemas. En primer lugar, se convierte lo que era un «camino» en un «estado de vida» que parece tener el monopolio de la perfección. En segundo, se olvida que la palabra de Dios es común a todos los cristianos, sin componendas. Las enseñanzas de Jesús no están dirigidas, de ningún modo, solo a una pequeña élite de seguidores, aunque sin duda hay diversos modos (e incluso niveles) de comprenderlas y ponerlas en práctica. En términos generales y exagerando, la teología del *estado de perfección* se la apropiaron en exclusiva los monjes y religiosos, creando un «clasismo espiritual», sin duda abusivo y criticable, que, además, no se sostiene ante una exégesis crítica-literaria sincera.

Tal forma de entender y fundamentar la vida religiosa no es solo importante para los religiosos: afecta a todo el modelo de Iglesia en el que nos situemos. Por lo tanto, es lógico que la primera gran crítica a esa concepción de las congregaciones religiosas surgiera de la Reforma protestante, que para los religiosos fue tan demoledora que, hasta tiempos muy recientes, no hay nada similar en la amplia familia protestante¹⁹. Redescubriendo la Escritura, Calvino abomina de la vida religiosa porque considera que los «consejos» son «mandamientos» para todo cristiano. Lutero, que tiene una motivación mayor que la mera lectura de la Biblia -no en vano fue religioso y conoció de primera mano los abusos y falsas concepciones de la época- habla de los votos religiosos como «invenciones humanas» y «abismo de perdición»²⁰.

En todo momento la respuesta del creyente conlleva *totalidad* y *exclusividad*, conceptos que se han utilizado sobre todo a la hora de hablar de la vida consagrada, considerada como *memoria Iesu* en celibato, pobreza y obediencia. Pero esto no significa, como veremos, que no se pueda llegar a esa plenitud en otra forma de vida cristiana, sino que lo característico de los consagrados y consagradas es ser signo para toda la Iglesia mediante su esfuerzo en conformarse a la experiencia espiritual de Jesús, dejando todo lo demás en segundo plano²¹.

Será necesaria una profunda reflexión, desde el concilio Vaticano II, para recuperar la centralidad de la vocación común de los cristianos y la dimensión teológica, cristológica, pneumatológica y eclesial de todas las formas de vida cristiana, un trabajo que aún está abierto.

La vocación en la vida de la Iglesia